

## La criada de la granja

---

### I

Como el tiempo era espléndido, los mozos de la granja habían comido con más prisa que de costumbre y salido al campo.

Rosa, la criada, quedó sola en el centro de la amplia cocina, donde acababa de consumirse el fuego del hogar bajo una olla llena de agua caliente. De cuando en cuando tomaba agua de aquella y lavaba los platos lentamente, interrumpiéndose para mirar las dos manchas cuadradas que el sol, entrando por la ventana, proyectaba sobre la larga mesa, y en las que se delataban las impurezas de los cristales.

Tres gallinas muy atrevidas buscaban migajas bajo las sillas. Olores de corral, vahos de establo entraban por la puerta entreabierta y se oía el canto de los gallos romper el silencio abrasador del mediodía.



Cuando la moza hubo acabado su tarea, limpiado la mesa y la chimenea y alineado los platos en el alto aparador que había junto al péndulo con caja de madera de sonora marcha, respiró, algo oprimida sin saber de qué provenía su opresión. Miró las paredes de tierra ennegrecida, las vigas ahumadas del techo, de las que pendían telarañas, arenques y ristras de cebollas; luego se sentó, molestanda por las emanaciones que el calor del día hacía brotar del suelo apisonado, donde se secaron tantos líquidos vertidos en tantos años. Mezclábase á tales emanaciones el olor acre de los requesones que estaban al fresco en la habitación del lado. Quiso ponerse á coser como de costumbre, pero no tuvo ánimos para ello y se fué á respirar al umbral de la puerta.

Entonces, acariciada por la claridad gloriosa, sintió grata sensación, algo así como oleadas de bienestar que invadieran su cuerpo.

Del estiércol amontonado cerca de la puerta, se desprendía un vapor apenas perceptible. Las gallinas se hundían casi en el estercolero, tendidas de lado y rascaban con una sola pata, buscando gusanos. Entre ellas se erguía orgullosamente el gallo. De cuando en cuando escogía una y daba vueltas en torno cacareando. La gallina se levantaba perezosamente y le recibía con sosieso, doblando las patas y sosteniéndole con las alas; luego sacudía las plumas, de las que salía mucho polvo, y de nuevo se tendía en el estiércol, mientras el gallo cantaba sus triunfos amorosos. Y los gallos le contestaban desde

los otros corrales, como si de granja en granja se hubiesen enviado carteles de desafíos amorosos.

La moza les miraba sin pensar; luego levantó la vista y quedó deslumbrada mirando los manzanos en flor, blancos como cabezas empolvadas.

De pronto un potrillo juguetero y henchido de alegría pasó ante ella galopando. Dió dos veces la vuelta á los ribazos señalados por una línea de árboles y luego se detuvo y volvió la cabeza, como admirado de hallarse solo.

Ella sentía también ganas de correr, necesidad de movimiento, y al mismo tiempo ganas de echarse, de desperezarse, de descansar envuelta en la atmósfera inmóvil y cálida. Dió algunos pasos indecisa, cerrando los ojos, dominada por un bienestar bestial, luego, pasito á paso, fué á buscar los huevos del gallinero. Había trece; los cogió y se los trajo. Cuando los hubo dejado en el aparador, molestáronla de nuevo las emanaciones de la cocina y salió para sentarse un ratito al fresco.

El patio de la granja, rodeado de árboles, parecía dormir. La alta hierba, entre la cual los amargones amarillos fulguraban como luces, era de un verde fuerte, de un verde de primavera. La sombra de los manzanos formaba una mancha oscura al pie de sus troncos y los techos de bálago de las construcciones, en cuya cima crecían lirios de puntiagudas hojas, humeaban levemente, como si la humedad de los establos y granjas se escapara á través de la paja.

La muchacha fué al cobertizo que servía para res-



guardar carretas y birlochos. En el fondo del foso había un agujero lleno de violetas que embalsamaban el aire, y por encima del talud se veía la campiña, vasta llanura cultivada, sembrada de grupos de árboles. De trecho en trecho se veía á los labradores, pequeños como muñecas, caballos blancos parecidos á juguetes, arrastrando un arado minúsculo, guiado por un hombre diminuto.

Se fué al pajar en busca de un haz de paja y lo echó en este agujero para sentarse cómodamente; luego, para estar mejor, deshizo el haz, esparció la paja y se tendió de espaldas, con los brazos bajo la cabeza y las piernas estiradas.

Cerraba suavemente los ojos, sumida en un bienestar delicioso. Estaba á punto de dormirse del todo, cuando sintió que unas manos le palpaban el pecho, y se levantó de un salto. Era Jaime, el mozo de labranza, un picardo robusto y apuesto que la cortejaba desde algunos días antes. Trabajaba aquel día en la lechería, y habiéndola visto que se tendía á la sombra, se aproximó á paso de lobo.

Trató de besarla, pero ella le dió un soplamocos, pues era tan robusta como él, que le pidió perdón. Entonces se sentaron uno junto á otro, y charlaron como buenos amigos. Hablaron del tiempo que favorecía los sembrados; de la cosecha, que se presentaba bien; del amo, que era un buen hombre; y luego de los vecinos de la comarca, de sí mismos, de su aldea, de su juventud, de sus recuerdos, de los padres que habían abandonado, para siempre quizá. Enternecióse la moza, y él, que sólo pensaba en su

deseo, se le acercaba, se restregaba contra ella estremecido de lascivia. La muchacha decía:

—Hace mucho tiempo que no veo á mamá; es bien triste no poder vivir con los suyos.

Y su mirada se perdía á lo lejos, en el espacio, como buscando la aldea perdida á lo lejos, muy lejos, hacia el Norte.

El picardo la cogió de súbito por el cuello y la besó de nuevo, pero ella le dió un puñetazo tan fuerte en la cara que le hizo sangrar la nariz, y se levantó para apoyar la cabeza en un árbol. Conmovióse la moza y fué hacia él, preguntándole:

—¿Te he hecho daño?

Pero él se echó á reír. No, no le dolía; es que le acertó en mitad de la nariz. Murmuraba: "¡Demonio!", y la miraba con admiración, con respeto, sintiendo una afección nueva, un principio de amor por aquella mocetona tan robusta.

Cuando se hubo restañado la sangre propuso que dieran un paseo, pues temía las contundentes réplicas de la muchacha si permanecían uno al lado de otro. Ella le tomó el brazo por propio impulso, como hacen los novios cuando pasean al anochecer, y dijo:

—Haces mal en despreciarme así, Jaime.

Protestó el gañán. No, no la despreciaba, pero como la amaba, no podía contenerse.

—¿Quieres, pues, casarte conmigo?

Vaciló en contestar, y la miró al soslayo en tanto que ella miraba á lo lejos. Tenía la moza colorados y frescos los carrillos, ancho y sacado el pecho bajo



el corpiño, gruesos y rojos los labios y su garganta, casi desnuda, estaba sudorosa. Sintió un deseo impetuoso y le dijo al oído, casi tocándola:

—Sí, me casaré.

Entonces ella le echó los brazos al cuello y le besó largamente, hasta que ambos perdieron el aliento.

Desde aquel punto y hora empezó entre ambos la eterna historia. Se besuqueaban en los rincones, se daban citas al aire libre, detrás de un almiar, y se llenaban las piernas de cardenales, tocándose por debajo de la mesa con sus zapatones herrados.

Luego poco á poco Jaime pareció hastiarse de ella; evitaba hallarla, apenas le hablaba, no procuraba verla á solas. La moza sintió gran desconfianza y tristeza; y al cabo de poco tiempo advirtió que estaba en cinta.

Al principio sintió un pesar profundo y luego una cólera formidable al ver que no conseguía hallarle en parte alguna.

Por fin una noche, cuando todos dormían en la granja, salió de su cuarto descalza y sin hacer ruido empujó la puerta del establo donde dormía Jaime dentro de una gran caja llena de paja, más alta que el pesebre. Fingió dormir al oír sus pasos; pero ella se subió á su lado y, poniéndose de rodillas, le zarandeó hasta que se hubo incorporado.

—¿Qué quieres?—preguntó al cabo.

Y ella, temblando de rabia, con los dientes apretados, replicó:

—Quiero, quiero que te cases conmigo, ya que lo prometiste.

El gañán se echó á reír y exclamó:

—Si uno tuviera que casarse con todas las muchachas que se le entregan, aviado estaba.

Pero ella le cogió por el cuello, le derribó sin que pudiera zafarse de su feroz abrazo, y ahogándole le gritó:

—¡Estoy preñada ¿comprendes? estoy preñada!

El mozo se ahogaba, perdía el resuello, y permanecían inmóviles, sin hablar en aquel silencio obscuro que sólo turbaba un caballo que trituraba lentamente la paja.

Cuando Jaime se convenció de que ella era la más fuerte, murmuró:

—Bueno, me casaré, ya que te hallas en tal estado.

Pero la muchacha no creía en sus promesas.

—Es preciso que hagas publicar en seguida las amonestaciones.

—En seguida.

—Júralo en nombre de Dios.

Vaciló un instante; luego, decidiéndose, dijo:

—Lo juro en nombre de Dios.

Entonces le soltó y sin añadir una palabra más, se fué.

Pasaron unos días sin que pudiera hablarle, porque el establo estaba cerrado con llave cada noche y ella no se atrevía á llamar fuerte por miedo á armar un escándalo.

Una mañana vió otro mozo de labranza á la hora del almuerzo. Preguntó:

—¿Y Jaime?



—Se ha marchado—contestó al interpelado—yo le substituyo.

Se echó á temblar de tal manera que no acertaba á descolgar la olla; luego, cuando quedó sola, subió á su cuarto y lloró desconsoladamente, apretando el rostro contra la almohada para que no se oyeran sus sollozos.

Trató de informarse sin despertar sospechas; pero de tal modo la atosigaba la pena, que se le antojaba que se reían con socarronería aquellos á quienes preguntaba. Por otra parte sólo pudo saber que Jaime se había marchado de aquella comarca.

II

Entonces empezó para ella una vida de continuas angustias. Trabajaba de un modo maquinal, sin pensar en lo que hacía, hostigada por esta idea fija: “¡Si supieran!”

Aquella obsesión constante la tenía tan anonadada, que no pensaba siquiera en los medios de evitar el escándalo que cada día se aproximaba más, que era tan seguro é irreparable como la muerte.

Levantábase todas las mañanas antes que nadie y procuraba verse el talle en un trozo de espejo que le servía para peinarse, pensando que de un momento á otro llamaría la atención de todos.

Durante el día cesaba bruscamente su trabajo para fijarse si las sayas se levantaban por delante, si el bulto de su vientre se delataba bajo el delantal.

Pasaban los meses. Casi no hablaba la desdichada y cuando le preguntaban algo, no lo entendía,



quedando como aledada, lo cual hacía decir á su amo:

—Pobre chica, hace una temporada que estás tonta.

En la iglesia se ocultaba detrás de una columna y no se atrevía á confesarse, temiendo el encuentro del cura, que á juicio suyo, tenía un poder sobrenatural para leer en las conciencias.

Cuando servía á la mesa le asustaban las miradas de sus compañeros y siempre se le antojaba que la descubriría el vaquero, un rapaz socarrón y avispa-do que no le quitaba el ojo.

Una mañana el cartero le entregó una carta y como jamás recibía ninguna, sintió tal conmoción que tuvo que sentarse. ¿Sería de él? Pero como no sabía leer, estaba ansiosa, temblaba ante aquellos renglones. Metióse la carta en el bolsillo no atreviéndose á confiarse en nadie, y á menudo cesaba en su trabajo y miraba aquellas líneas que terminaban en una firma, imaginando que de pronto iba á entender su significado. No pudiendo resistir su ansiedad é impaciencia, fué á ver al maestro de escuela, que la hizo sentar y leyó:

“Querida hija: La presente sirve para decirte que estoy muy enferma. Nuestro vecino, maese Dentu, te escribe para decirte que vengas, si puedes.

„Por tu madre que te quiere,

„CESÁREO DENTU, *teniente de alcalde.*”

La moza no dijo una palabra y se fué; pero tan pronto como estuvo sola, cayó desfallecida á la orilla del camino y permaneció allí hasta la noche.

Al volver á la granja avisó á su amo su desgracia quien le permitió que se marchara por el tiempo que quisiera, prometiéndole que volvería á tomarla á su vuelta.

Su madre agonizaba y murió al día siguiente de su llegada y Rosa parió al otro un sietemesino, enteco, flaco hasta lo increíble y que parecía padecer de continuo según lo que crispaba las manecitas descarnadas, semejantes á pinzas de cangrejo.

Vivió, sin embargo.

Afirmó que se había casado, pero que no podía tener consigo al niño, que dejó en poder de unos vecinos, que prometieron cuidarle con todo esmero.

Volvió á la granja.

En su corazón tan dolorido surgió como una aurora de amor por aquel niño que dejaba en su pueblo, y aquel mismo amor era un nuevo padecimiento, un padecimiento continuo, pues no podía tener al niño á su lado.

Lo que sobre todo la martirizaba era no poder besarle, abrazarle, sentir el calor de su cuerpecito. Por la noche apenas dormía; de día pensaba siempre en él, y por la noche, al terminar el trabajo, se sentaba ante el fuego y lo miraba fijamente como lo hacen aquellos que piensan en algo que está lejos.

Empezaban á murmurar de ella y le daban vaya sobre el amante que debía ponerla pensativa de



aquel modo; preguntándole si era guapo y buen mozo y rico y cuándo sería la boda y cuándo el bautizo. Y Rosa escapaba para llorar á sus anchas porque aquellas pullas la punzaban como alfilerazos.

Para olvidar aquellas burlas trabajaba con verdadera furia, y pensando en su hijo procuró reunir mucho dinero para él.

Resolvió trabajar de tal modo que debiesen aumentarle la soldada.

Poco á poco acaparó todas las faenas, hizo despachar á otra criada que resultaba inútil desde que ella se descrismaba de tal modo, economizó pan y aceite y luz, se enfadaba cuando echaban demasiado maíz á las gallinas ó cuando se gastaba demasiado forraje para los caballos. Fué avara del dinero de su amo como si fuese suyo y á copia de comprar barato y vender caro, burlando las tretas de los aldeanos, quedó encargada de todas las compras y ventas, de la dirección de los jornaleros y en poco tiempo supo hacerse indispensable. Vigilaba con tanto cuidado, que la granja, bajo su dirección, prosperó lo indecible. A dos leguas á la redonda hablaban de "la criada de maese Vallín," y el granjero repetía siempre: "Es una muchacha que vale más oro que pesa."

Sin embargo, pasaba el tiempo y no aumentaba su sueldo. Se aceptaba su trabajo como una cosa natural, como una consecuencia de su buena voluntad, y Rosa empezó á pensar con amargura que si su amo embolsaba gracias á ella cincuenta ó cien escudos más todos los meses, ella en cambio continuaba ga-

nando sus doscientos cuarenta francos anuales, ni uno más, ni uno menos.

Resolvió pedir aumento. Por tres veces fué á ver á su amo y las tres, al estar en su presencia, hablaba de otra cosa. Le daba cierta vergüenza solicitar dinero, como si fuera acción poco delicada. Por fin un día que el amo almorzaba en la cocina, le dijo, con aspecto turbado, que deseaba hablarle á solas. Levantó el aldeano la cabeza y la miró sorprendido. Turbóse más Rosa al influjo de aquella mirada y le pidió un permiso de ocho días para ir á su pueblo, pues se sentía algo malucha.

Se lo otorgó de buena gana y después dijo turbado á su vez:

—Yo también he de hablarte cuando vuelvas.



III

El niño iba á cumplir ocho meses: Rosa no le reconoció. Estaba gordo, rollizo, sonrosado, parecía paquete de grasa viva. Sus deditos gordiflones se movían suavemente, con satisfacción visible. Le besó con ansia, se apoderó de él como de una presa y lo abrazó y acarició con tales transportes que el muñeco lloró de miedo. Entonces ella se echó á llorar porque no la conocía y en cambio alargaba los bracitos á la nodriza apenas la veía.

Pero pronto se acostumbró el niño á su presencia y sonreía al verla. Rosa se lo llevaba al campo, corría alegremente, se sentaba á la sombra de los árboles, y por primera vez en la vida, aun cuando el rorro no la oyera, abría su corazón á alguien, le contaba sus penas, sus trabajos, sus cuidados, sus esperanzas y de continuo le asustaba por la furia de sus caricias.

Experimentaba un placer infinito en manosearle,

en lavarle, en vestirle y hasta le gustaba limpiarle, como si aquellos cuidados íntimos fueran una confirmación de su maternidad. Lo examinaba, pasmándose de que fuera suyo y repetía á media voz, haciéndole saltar sobre las rodillas: "Es mi chiquillo; es mi chiquillo."

Lloró durante todo el camino al volver á la granja, y apenas llegada, la llamó su amo. Acudió admirada y muy conmovida, sin saber por qué.

—Siéntate aquí—dijo.

Se sentó y permanecieron unos instantes uno al lado de otra, cortados ambos, con los brazos inertes, y sin mirarse á la cara, como los labriegos.

El dueño de la granja, que era un hombretón de unos cuarenta y cinco años, dos veces viudo, jovial y testarudo, experimentaba una turbación evidente que no le era habitual. Por fin se decidió y empezó á hablar de un modo vago, tartamudeando un poquillo y mirando hacia la campiña.

—Rosa—dijo.—¿has pensado alguna vez en casarte?

Se puso pálida como una muerta. Viendo que no le respondía, el aldeano añadió:

—Eres una buena muchacha, hacendosa, activa y ahorradora. Una mujer como tú sería una fortuna para un hombre.

Rosa estaba inmóvil, con la mirada despavorida, sin saber siquiera lo que se le decía, asustada como si presintiera muy cercano un gran peligro. Esperó un segundo y luego prosiguió:



—Mira, una granja sin dueña nunca va bien, aun cuando haya una criada como tú.

Calló, pues no sabía qué añadir, y Rosa le miraba con susto, como una persona que se halla frente de un asesino y se dispone á huir al menor ademán que haga.

Por fin, al cabo de cinco minutos le preguntó:

—Bueno, ¿consientes?

Y ella contestó idiotizada:

—¿En qué, amo mío?

—¡En casarte conmigo, pardiez!

Rosa se levantó y volvió á caer en la silla, donde quedó sin movimiento, semejante á una persona á quien de repente acaeciera una gran desdicha. El aldeano se impacientó al cabo.

—Ea, veamos ¿necesitas un gran señor?

Rosa le contemplaba azorada; luego, de pronto, se le saltaron las lágrimas y repitió dos veces ahogándose:

—No puedo; no puedo.

—¿Por qué no?—preguntó el dueño.—No te hagas la tonta; te dejo hasta mañana para pensarlo.

Y se apresuró á marcharse, satisfecho por haber dado aquel paso que le turbaba mucho y no dudando de que al día siguiente su criada aceptaría una proposición que no esperaba y que para él era un excelente negocio, pues así se aseguraba para siempre el concurso de una mujer que le convenía mucho más que la heredera más rica de la comarca.

No podían detenerle los escrúpulos de hacer un casamiento desigual, pues en el campo todos son casi

iguales; el colono trabaja tanto como el gafián, quien á su vez, un día ú otro, se convierte en propietario, y las criadas pasan á convertirse muy á menudo en dueñas, sin que cambien en lo más mínimo su existencia ni sus costumbres.

Rosa no se acostó aquella noche. Cayó sentada en la cama, no teniendo siquiera ánimos para llorar, aniquilada. Estaba inerte sin sentir nada en absoluto, con el alma anonadada, como si alguien la hubiese destrozado con esas púas que sirven para cardar la lana.

Sólo de vez en cuando podía formular una reflexión, y se asustaba pensando en lo que podía ocurrir.

Aumentaba á cada instante su terror, y todas las veces que el reloj de la casa turbaba el gran silencio dando las horas, sudaba de angustia. Desvanecía-se la cabeza, las pesadillas se sucedían unas á otras, la vela se consumió, y entonces la acometió una especie de delirio, ese delirio de los aldeanos que se creen víctimas de un hechizo, y sintió un loco deseo de marcharse, de escapar, de huir ante la desdicha como huye un buque ante la tempestad que se acerca.

Silbó un mochuelo; Rosa se estremeció, se irguió, se pasó la mano por la cara y por el pelo, se palpó el cuerpo, como una loca y bajó. Cuando estuvo en el patio se deslizó con precaución para que nadie la viera, pues la luna brillaba aún. En vez de abrir la barrera escaló el talud, y cuando se halló en el campo echó á andar.



Corría en línea recta con paso elástico y rápido y de cuando en cuando, inconscientemente, lanzaba un grito agudo. Su sombra desmesurada corría á su lado y á veces un ave nocturna revoloteaba sobre su cabeza. Los perros de las granjas ladraban al oírla pasar; uno de ellos saltó una valla y la persiguió para morderla; pero ella se volvió lanzando tales gritos que el perro huyó y calló.

A veces una liebre con sus lebratos jugaban y triscaban; pero cuando se acercaba aquella poseída se ocultaban todos, desaparecían temerosos y el macho huía velozmente y á veces hacía pasar su silueta por delante de la luna cuyo disco aparecía al ras del suelo en el extremo del mundo y alumbraba la llanura con su sombra oblicua, como un farol puesto en el suelo junto al horizonte.

Las estrellas se borraron poco á poco; piron algunos pájaros; amanecía. La moza, aniquilada, jadeaba, y cuando el sol apareció en el cielo enrojecido, se detuvo.

Sus pies hinchados se negaban á sostenerla. Vió una charca, cuya agua estancada parecía sangre á los reflejos del nuevo día, y cojeando y apretándose el corazón con una mano, fué hacia ella para bañar las piernas en el líquido.

Se sentó en una mata de hierba, se quitó los zapatos cubiertos de polvo, se arrancó las medias y metió en el agua inmóvil las pantorrillas doloridas.

Una frescura deliciosa le subió desde los talones á la garganta; y de repente, al mirar con fijeza aquella charca profunda, sintió un deseo furioso de ti-

rarse á ella. Así acabaría de padecer, acabaría todo. No pensaba ya en su hijo; quería dormir en paz, dormir eternamente. Se levantó y avanzó dos pasos. El agua le llegaba ya á los muslos é iba á precipitarse, cuando unas picaduras ardientes en los tobillos la hicieron saltar hacia atrás. Lanzó un clamor desesperado, pues desde las rodillas á los pies negras sanguijuelas chupaban su sangre, pegadas á su piel. No se atrevía á tocarlas y gritaba horrorizada. Sus alaridos atrajeron á un labriego, que arrancó una por una las sanguijuelas, comprimió las llagas con hierbas y acompañó á la muchacha á su granja.

Estuvo quince días en la cama, y al salir á tomar el sol, cuando estuvo restablecida, el amo se plantó ante ella.

—Quedamos conformes, ¿verdad?

No contestó Rosa al principio, pero como él permanecía inmóvil mirándola, articuló al cabo con esfuerzo:

—No, amo mío, no puedo.

Aquél se enfadó.

—¿Por qué no puedes, muchacha?

Rosa rompió á llorar y repitió:

—No puedo.

Su amo la devoraba con la vista y gritóle:

—¿Acaso tienes un amante?

Ella, temblando de vergüenza:

—Quizá sí—dijo.

El aldeano, colorado como una amapola, balbuceaba colérico:



—¡Ah! ¿Lo confiesas, pues, pindonga? ¿Qué clase de pájaro es? ¿Algún potentado sin duda, algún banquero? Dime de quién se trata.

Y como ella no contestara, prosiguió:

—¡Ah! ¿No quieres decirlo?... Ya te lo voy á decir yo. Es Juan Bandu.

—No, ese no— exclamó Rosa.

—Entonces es Pedro Martín.

—Tampoco, amo mío.

El labriego nombraba á todos los mozos de la comarca y ella negaba, abrumada de pesar. Pero aquél continuaba inquiriendo con obstinación salvaje, rascando aquel corazón para saber su secreto, como un perro de caza escarba durante un día entero junto á una madriguera para apoderarse de la pieza que sabe que hay en el fondo. De súbito exclamó:

—¡Ah, ya sé! Es Jaime, el gañán del año anterior. Decían que te hablaba y que os habíais dado palabra de casamiento.

Rosa se sofocó. Una oleada de sangre le subió al rostro y sus lágrimas se secaron en sus mejillas, como gotas de agua sobre un hierro candente. Y gritó:

—¡No, no es él, no!

—¿De veras?—preguntó el solapado labriego, que empezaba á ver claro.

Rosa replicó precipitadamente:

—Le juro que no, que no...

Trataba de jurar sin mentar cosas santas. El la interrumpió:

—Recuerdo, sin embargo, que procuraba estar

junto á ti y que se te comía con los ojos. ¿Le has dado palabra?

Rosa miró á su amo á la cara y dijo:

—No, jamás, jamás; y le juro por Dios que si viniera á solicitarme no le querría.

Parecía hablar con tanta sinceridad, que el labriego vaciló, y repuso como hablando al sayo:

—Maldito si lo entiendo. Supongo que no has faltado, porque se hubiese sabido. Y ya que no es eso, no sé por qué una moza como tú ha de despreciar á su amo. Algo debe haber.

Rosa no contestaba, abrumada por su dolor.

El aldeano insistió todavía:

—¿De modo que no quieres?

—No puedo, amo mío.

Su amo le volvió la espalda y se alejó.

Se creyó ya libre y pasó el resto del día con tranquilidad; pero se sentía tan cansada, tan extenuada, como si, en vez del viejo penco, hubiera sido ella la que hubiera dado vueltas á la noria.

Se acostó tan pronto como pudo y se durmió en seguida.

A media noche sintió dos manos que palpaban la cama. Se estremeció de miedo, pero reconoció en seguida la voz de su amo que decía:

—No temas, Rosa, soy yo que quiero hablarte.

Luego, como trataba de meterse entre sábanas, comprendió lo que quería y se echó á temblar, sintiéndose sola en la obscuridad, aun medio dormida, desnuda en la cama, junto á aquel hombre que la deseaba. No consentía la moza, pero resistió sin brío



luchando ella misma contra el instinto que tan alto habla en las naturalezas poco afinadas y mal protegida por la voluntad de esas razas inertes y pasivas. Volvía la cabeza tan pronto hacia la pared como hacia el cuarto para evitar las caricias de la boca que buscaba la suya, y retorció el cuerpo bajo la sábana, fatigada, casi rendida. Él se mostraba cada vez más brutal, impulsado por su deseo. La descubrió con brusco movimiento. Entonces comprendió que no podía resistir más, y obedeciendo á un pudor de avestruz se tapó la cara con las manos y cesó de defenderse.

El amo pasó el resto de la noche con ella. Volvió al día siguiente y todos los demás.

Hicieron vida marital.

Una mañana le dijo el rústico:

—He hecho publicar las amonestaciones; nos casamos el mes que viene.

Rosa no contestó. ¿Qué podía decir? No resistió. ¿Cómo hacerlo?

## IV

Se casaron. Sentíase Rosa como hundida en un agujero sin fondo, de inaccesibles bordes y toda suerte de desdichas la amenazaban, como rocas prestas á desplomarse. Su marido le hacía el efecto de un hombre á quien hubiese robado y que tarde ó temprano descubriría el delito. Pensaba luego en su hijo, causa de sus pesares, pero también de las únicas dichas sentidas.

Iba á verle dos veces todos los años y volvía cada vez más triste.

Sin embargo, el tiempo calmó su inquietud, reposó su corazón y vivía más tranquila aun cuando un vago temor asaltara de cuando en cuando su alma.

Pasaron años; el niño tenía seis. Sentíase Rosa casi feliz cuando de pronto su esposo se puso taciturno y hosco.

Desde dos ó tres años antes parecía abrigar cierta inquietud, un torcedor que aumentaba poco á poco.